

UNA MIRADA AL CORAZÓN DE JESÚS HOY

Un Amor interesado

FERNANDO CORDERO MORALES, SS.CC.
Pastoralista en el Col·legi Padre Damián SS.CC. (Barcelona)



“El Señor lo espera todo de aquellos a los que ama. Nos busca, llama a la puerta deseando que le abran, está sediento de reciprocidad, es un indigente de amor, sufre al no ser amado”.

(Javier Álvarez-Ossorio, superior general de los Sagrados Corazones)

Los latidos de la Encarnación

I. LA PEDAGOGÍA DE DIOS

Dios aplica su propia pedagogía, que no consiste en sermones, instrucciones complicadas o *teología de escritorio* (cfr. *Evangelii gaudium*, 133). Así se dirigió al profeta **Jeremías**: “Baja al taller del alfarero que te voy a hablar al corazón” (Jr 18, 1). La devoción al Corazón de Jesús pretende provocar esa experiencia que hace *ver y habla al corazón*. Hemos de ser lo suficientemente humildes y realistas para darnos cuenta de que nosotros no disponemos del amor de Dios como algo que podamos entregar o del que nos podamos apropiarnos. La experiencia del conocimiento del amor de Cristo, que supera todo conocimiento, es, antes que nada, un don que da Él cuando quiere, a quien quiere y como quiere. Nosotros hemos de favorecer que ese encuentro se produzca, prepararnos y preparar a otros para que, verdaderamente, alcancemos la búsqueda y el deseo. Y pedir con san **Pablo**, doblando las rodillas ante el Padre, para que “por la fe resida Cristo en los corazones para que estén arraigados y cimentados en el amor” (Ef 4, 14-19).

La experiencia del amor de Dios “toca” la vida, nos “toca” en lo más hondo de nuestro ser. Esto se transparenta en los momentos de plenitud, de comunión, en los que nos sentimos unidos a los demás. Por eso, la palabra clave para hablar del corazón es *unidad*. El enamoramiento “toca” el corazón, un encuentro memorable, el acompañamiento a un enfermo que apreciamos fraternalmente, un diálogo donde se transparenta el espesor de la existencia o un reencuentro son algunas oportunidades para vivir cordialmente. Mas no olvidemos que la pedagogía divina nos habla, sobre todo, en lo cotidiano: la madre que mira a su bebé que duerme plácidamente en su regazo, el adolescente que descubre nuevas posibilidades, una visita a una exposición de arte o un paseo por la

La espiritualidad del Corazón de Jesús, enraizada en la tradición eclesial y en la devoción popular, más que en una cuestión de estética o de sensibilidad, nos asienta en el centro de nuestra fe y en el núcleo del Evangelio: la persona de Jesús. En vísperas de esta festividad (12 de junio), se nos invita a entrar en sintonía con los sentimientos, opciones y tareas que le llevaron a vivir en fidelidad al Padre y en actitud incondicional con la humanidad. Y a descubrir un Corazón que no es gratuito, sino interesado. Vulnerable, traicionado, coronado de espinas, traspasado..., pero que no tiene otro interés que amar y perdonar hasta el extremo.

playa, un abrazo agradecido. Dios nos habla, aunque a algunos les habla más claramente, les “toca” la vida entera, como podemos entrever en el testimonio de **Maru Cornejo**, misionera en Mozambique, dedicada a acompañar a niñas enfermas: “Vuelvo del hospital con **Fátima** y **Cintia** para la aldea, después de esperar a un médico que no vino a trabajar. Para rebajar mi enfado, decido que mejor cantar en el coche hasta casa, intentar que esta mañana no parezca tiempo perdido. Las enanas me enseñan una y yo les enseño otra. Con ellas nunca el tiempo es perdido porque siempre hay risas, cosas que aprender y descubrir. Por el camino nos encontramos a varias mamás que van para la aldea y las montamos atrás

en nuestra ranchera. Me doy cuenta de que varias lloran. La hija de una de ellas acaba de fallecer con cuatro años. Cuando bajaron las mamás del coche, Cintia me preguntó: ‘¿Qué pasa cuando los niños se mueren, quién los cuida...?’. Cuando todavía me cuesta articular palabras, ellas ya me llevan otra vez allí donde solo Tú eres la respuesta. ‘Lo importante no es dónde estemos nosotros –les respondo–, aquí o allí, sino que nunca estaremos solos, ahora Dios será como la mamá de esta niña. Y cuando pasen unos días, Dios hablará con esa mamá despacito para que no se preocupe y sepa que su hija está bien’.

La huella del dolor, de la fragilidad, “toca” el corazón y lo transforma. Si atendemos al sentido bíblico, el corazón no es solo la sede de los afectos, sino de las decisiones, de la voluntad, incluso del conocimiento. El corazón es el centro de la persona. En una sociedad fragmentada, la fe puede entenderse hacia unas áreas de nuestra vida excluyendo otras (por ejemplo, la económica o la afectivo-sexual). Que resida Cristo en nuestros corazones quiere decir que Cristo sea quien conforme toda nuestra existencia, no solo que sea el centro, sino que desde ahí lo armonice y unifique todo. Cuando descubrimos ese punto donde nuestra vida se une, hallamos entonces el corazón. La espiritualidad del Corazón de Jesús es integradora, unifica, centra a la persona.

Devolver amor por amor

En el medioevo localizamos los primeros rastros de la devoción al Corazón de Jesús, remontándonos a santa **Gertrudis de Helfta**, monja cisterciense alemana del siglo XIII. Para ella, el Corazón de Jesús es el símbolo del puro amor de Dios, y sitúa esta devoción en un marco trinitario: el Divino Corazón es el “arca de la alianza de la divinidad” y “el instrumento de la Trinidad”. Escribió una bonita oración al Corazón de Jesús:



Oh Sagrado Corazón de Jesús, fuente de vida eterna, tu Corazón es una brillante lumbre de Amor. Tú eres mi refugio y mi santuario. Oh mi adorable y amado Salvador, consume mi corazón con el fuego ardiente del que el tuyo está inflamado. Derrama en mi alma esas gracias que brotan de tu amor. Deja que mi corazón se una al tuyo. Deja que mi voluntad sea conforme a la tuya en todas las cosas. Que tu Voluntad sea la regla de todos mis deseos y acciones. Amén.

La fuerza imaginativa de esta devoción es tomada e interpretada por los franciscanos, especialmente por san **Buenaventura** y san **Bernardino de Siena**. Este último, apóstol y predicador que extendió la devoción al Santo Nombre de Jesús, diría: “Vayamos al Corazón de Jesús, ese corazón profundo, secreto corazón, el corazón que no olvida nada, el corazón que conoce todo, el corazón que ama, el corazón que arde de amor”. Se le ha llamado el doctor del

Inmaculado Corazón de María por su comentario a las palabras de **María** en los evangelios.

La época de esplendor y de mayor elaboración de esta devoción se desarrollará a lo largo de los siglos XVII y XVIII, en una corriente llamada “Escuela Francesa de Espiritualidad”, con destacados referentes, como el cardenal **Bérulle**, **Olier**, **Condren**, san **Juan Eudes** o san **Vicente de Paúl**. El corazón sigue siendo un símbolo del puro y gratuito amor de Dios. Junto a ellos, varias mujeres concretan sus horizontes teológicos y espirituales. Valga esta anécdota que sucedió a Juan Eudes con **Magdalena Lamy**: “¿Dónde va? ¿A las iglesias, para comerse los santos? ¡Después se creará muy devoto! No es allí donde se encuentra la liebre; mejor es trabajar para fundar una casa en favor de esas pobres hijas que se pierden por falta de medios y de acompañamiento...”.

Impresionado, el padre Eudes creó en 1634 una red de personas laicas que aceptaban acoger a las mujeres que quisieran cambiar de vida.

La Encarnación es el tema central de la Escuela Francesa. Para Bérulle, la Encarnación es la alianza de Dios con la naturaleza humana; alianza que permanece para siempre. Para Juan Eudes, **Jesús** es todo. Es el centro de la vida del hombre y todo es en Él. No se trata de buscar seguirle o imitarle: Jesús es quien viene a vivir en nosotros.

En un momento de rigorismo religioso, esta devoción acentúa la humanidad de Jesús y su anuncio del amor gratuito y misericordioso de Dios en favor de toda la humanidad. Había un gran miedo a Dios. Dios es santo, pero mejor llevarse bien con Él porque es *peligroso*, incluso vengativo. De ahí la frescura y sabor evangélico de la piedad en torno al Corazón de Jesús. Las imágenes y algunos textos, igualmente recargados y algo sentimentales de las expresiones más clásicas de esta devoción, apuntan en la misma línea de querer mostrar los sentimientos del amor de Dios por cada persona concreta, y de la respuesta de amor que Él espera de cada uno de nosotros. Más allá del estilo en que esto se formula, nos quedamos con su valor teológico y espiritual. Podemos contrastar nuestra sensibilidad con este texto de san Juan Eudes: “Nos da su muy amable Corazón, que es el principio y origen de todos los demás dones. Porque es su Corazón divino lo que le ha hecho salir del seno adorable de su Padre, y le ha hecho venir a la tierra para darnos todas sus gracias; y es su Corazón humanamente divino y divinamente humano el que nos las ha merecido y adquirido por todos los dolores y angustias que Él ha llevado mientras estuvo en este mundo. Después de eso: ¿qué le devolvemos nosotros a este muy benigno Redentor? Devolvámosle amor por amor y corazón por corazón”.

Junto a Juan Eudes, que escribe y habla de la devoción a los Corazones de Jesús y de María con una sana doctrina, nos encontramos en el mismo período a una monja de clausura de la Visitación en Paray-le-Monial, santa **Margarita María de Alacoque**. El Señor le ha revelado su Corazón y quiere servirse de ella para extender esta devoción en la Iglesia. Juan Eudes y Margarita María no se conocieron. El Señor les empleó

a los dos, el maestro y la visionaria, para traer el crecimiento de la devoción, que ayudó a una renovación en la vida cristiana y, particularmente, en la dimensión eucarística. Se recalca la relación entre el sentido del pecado y la solidaridad de la humanidad en el Cuerpo Místico de Cristo, resaltando la importancia de la reparación.

Margarita María es una mujer entusiasta y de corazón palpitante, sin duda. De ahí que, abandonada a la fuerza del Amor, Jesús le dice estas palabras que suenan como una verdadera “declaración” de Dios a la humanidad y a cada uno de nosotros: “Mi corazón está apasionado de amor por los hombres y por ti en particular”. Se trata de una llama de amor impaciente por comunicarse.

II. LA HUMANIDAD DE JESÚS

Esta devoción al Sagrado Corazón desea centrarse, ante todo, en la persona de Jesús. Poner la mirada en el Corazón de Jesús es una invitación a atender lo medular de todo su actuar: la misericordia. Jesús ofrece su amor, su misericordia y protección amorosa a todos los hombres, por el simple hecho de que se encuentren en necesidad o en un momento de aflicción. **Pío XII**, en la encíclica *Haurietis Aquas* (1956), con la que recordaba el primer centenario de la extensión a toda la Iglesia de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, distinguía el contenido de la misericordia: “De esta universal plenitud es precisamente imagen muy espléndida el Corazón de Jesucristo: plenitud de misericordia, propia del Nuevo Testamento, en el cual ‘Dios nuestro Salvador ha manifestado su benignidad y amor para con los hombres’ (Tit 3, 4); pues ‘no envió Dios su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que por su medio el mundo se salve’ (Jn 3, 17)”.

La cara del amor de Cristo es la misericordia divina, como lo expresa inigualablemente **Catalina de Siena**: “¡Por misericordia, oh loco de amor, has querido vivir con tus criaturas! Encarnarte no te ha bastado: ¡has querido morir!... Es tu misericordia, yo lo veo, la que te ha llevado a dar al hombre más aún, puesto que tú mismo te has dado como alimento... ¿A quién le

debemos esto? A tu misericordia. ¡Oh, misericordia! ¡El corazón se pierde en ella! Por cualquier lado que mi espíritu se gire y piense, no vemos más que misericordia. Padre eterno, perdona mi ignorancia: me atrevo a hablar delante de ti, pero que el amor que tengo por tu misericordia me sirva de excusa delante de ti”.

Por su parte, en nuestro tiempo el papa **Francisco**, en *Evangelii gaudium*, señala que la salvación que Dios ofrece es obra de su misericordia y la tarea de la Iglesia es anunciar gozosamente que esa salvación es para todos. Todavía más, la Iglesia tiene que ser “el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio” (EG, 114).

Un amor traspasado

Esta devoción al Corazón de Jesús, con su fuerte acento en la humanidad de Jesús, nace en paralelo con las devociones en torno a la Pasión del Señor, que también acentúan dicha humanidad. En algunos momentos, ambas se han entrelazado, por lo que la devoción ha adquirido ciertos rasgos de dolor y sufrimiento, dirigiéndose la mirada al corazón traspasado y coronado de espinas, al corazón del Crucificado. Es que el Corazón de Jesús es el corazón de ese hombre que, en fidelidad al Padre y por amor a la

humanidad, llegó a la donación total de su vida en la cruz. Un amor apasionado hasta el extremo, como sugiere **Rafael Zornoza Boy**, obispo de Cádiz y Ceuta: “Uno experimenta que en el Corazón de Cristo habita el Amor de Dios Padre y que, al ser traspasado *con y por* nosotros, a través de esa herida se entrevé un misterioso camino que nos lleva al Corazón del Padre”.

Al contemplar y experimentar la misericordia de Dios, se percibe que el Corazón de Jesús es un corazón traspasado por la lanza del soldado. Un corazón herido, sufriente por amor. Un corazón al cual accedemos por la herida. Por esa herida del Corazón de Jesús en la cual nos encontramos con todo el sufrimiento de la humanidad. Con todos los pobres y desvalidos, pero también con todos los pecadores y los que vagan desorientados por la vida. Bellamente lo expresa el prefacio de la misa del Sagrado Corazón:

El cual, con amor admirable, se entregó por nosotros, y elevado sobre la cruz, hizo que de la herida de su costado brotaran, con el agua y la sangre, los sacramentos de la Iglesia: para que así, acercándose al Corazón abierto del Salvador, todos puedan beber con gozo de la fuente de la salvación.

La herida del corazón tiene que ver con ese dolor profético de Jeremías al ver la desgracia de su pueblo (cfr. Jr 8, 18-23), y con el dolor del mismo Jesús ante la ciudad de Jerusalén, en la cual está simbólicamente representado todo Israel, que no reconoce la visita salvífica de su Señor (cfr. Lc 19, 41-44). El Corazón de Jesús nos sitúa de lleno ante el dolor de la pasión, invitándonos a entender desde allí la totalidad de su persona y de sus acciones.

El dolor de la pasión y la herida del Corazón nos hacen clamar por tantos corazones traspasados. ¡Cuánta gente de Iglesia y de buena voluntad se siente “traspasada” por el dolor del prójimo! Alarmas que claman al cielo, como constatamos en la voz de un párroco de una zona deprimida de Jerez de la Frontera, **Damiano Tonegutti**: “Vivimos una situación alarmante, que desborda



‘Corazón traspasado’, en la Sagrada Familia de Barcelona

FIDEL VALLE



Mural del Sagrado Corazón de Jesús en la visita de Juan Pablo II a La Habana en 1998

tanto a Cáritas como a las propias instituciones. Estas mismas llegan a pedir nuestra ayuda para hacer frente a las emergencias. Tres cuartas partes de las 560 familias a las que atendemos no reciben ninguna prestación social y no tienen ningún ingreso oficial. Nosotros les proporcionamos asistencia básica: alimentos, medicamentos, luz, agua y vivienda. También realizamos programas de promoción. Con todo, la acción asistencial sigue siendo una prioridad absoluta. Entendemos que no se están respetando los más elementales derechos humanos, que contemplan que el Estado provea de las primeras necesidades en ausencia de otros ingresos. La caridad suple de momento la falta de justicia, pero sin renunciar a ella”.

Preguntarse por la vigencia actual de esta espiritualidad es un auténtico desafío, porque lleva a que nos “duela” el corazón con tanto sufrimiento circundante, con tantas personas “traspasadas” por el mal del egoísmo y de los intereses que excluyen y arrebatan la dignidad. No consiste tanto en poner de relieve sus limitaciones, sino recoger las grandes intuiciones espirituales que están en su origen y vincularlas con nuestro contexto actual, del que pueden recibir un enriquecimiento y una ampliación de horizontes.

III. HACIA UNA MIRADA ACTUAL

Nuestra fe no puede reducirse exclusivamente a la moral, a comportamientos o normativas. El Evangelio nos invita continuamente a centrarnos en Jesús. Si nos distanciamos del misterio de la Encarnación del Señor, deformaremos nuestra mirada

sobre Jesús. Nuestra vivencia de la fe necesita de esta mirada amorosa y de la permanente atención a la persona de Jesús. Una buena aproximación a su persona nos invita a preguntarnos por las raíces profundas de su actuar, por los sentimientos más íntimos de su corazón. Y, de esta manera, nos acerca a la relación con su Padre y al amor por la humanidad caída. En contrapartida, también nos lleva a plantearnos la pregunta por la raíz última de nuestro actuar.

Las Esclavas del Sagrado Corazón, fundadas por santa **Rafaela María**, no quieren olvidar la identificación del Maestro con los últimos y sus consecuencias para la vida cristiana: “Cristo se identificó con los pobres y dio como señal de la llegada de su Reino el anuncio, a ellos, de la Buena Noticia. Unidas a los sentimientos de su Corazón, nos sensibilizamos al clamor de los pobres, que nos urge a:

- una conversión permanente de nuestros criterios y actitudes;
- evitar todo lo que pueda suponer un compromiso con cualquier forma de injusticia social;
- despertar las conciencias frente al drama de la miseria, según las exigencias de la justicia, del Evangelio y de la Iglesia;
- acercarnos con corazón humilde y fraterno a la realidad de los pobres, dejándonos evangelizar por ellos;
- descubrir en cualquier tipo de pobreza la presencia de Cristo, que dijo: ‘Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis’”.

Ante la pregunta por los sentimientos del Corazón de Jesús, nos adentramos en el tema de la misericordia, “la

viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia”, en palabras de Francisco en la bula *Misericordiae Vultus*. Una misericordia que surge de una profunda experiencia de Dios. Una experiencia del Padre de amor, que quiere a todos sus hijos, que anhela la vida plena para todos ellos. Y que, por lo mismo, los acompaña y defiende en momentos de aflicción. No se trata de una teoría sobre la misericordia, sino de la sencilla convicción de que todos los que se encuentran cansados y agobiados pueden acudir a Jesús, porque en Él encontrarán descanso.

a. Liberarnos del cansancio del desamor

El Corazón de Jesús (cfr. Mt 11, 25-30) es lugar para nuestro reposo, sosiego en nuestros agobios y consuelo en los momentos más duros. Ese descanso no nos paraliza, sino que dinamiza nuestra entrega. No es descanso del que rehúye responsabilidades y trabajos. Es descanso para centrar la vida y sentir en manos de quién estamos. La situación más grave que podemos atravesar es la de renunciar a amar por cansancio. Cansados de que nos hieran, de críticas amargas, de diferencias irreconciliables, quizá pensemos que el yugo es una carga demasiado pesada para nosotros.

El combate de la fe nos lleva a amar sin descanso, encontrando nuestra dicha en descubrir los misterios del Reino revelados a los sencillos. Tratemos de cargar el yugo con humildad, para acoger a los compañeros de camino como amigos, sin creernos sabios ni maestros, confiando en que el Espíritu está presente antes de que nosotros lleguemos.

El Corazón de Jesús nos atrae, hace que carguemos con la cruz y aprendamos de su pedagogía cordial. Es un Corazón que no se deja vencer por la carga ni por la muerte. Frente al desánimo, el dolor, el sinsentido, el desgarrar de tantos que sufren, las palabras de Cristo son aliento y descanso: “Venid a mí”. En Él aprenderemos a descansar con el alivio de su compañía. El Corazón de Cristo mira continuamente por sus hijos, las necesidades de estos son las necesidades de su Corazón, especialmente las de los más pobres y

arrinconados por la injusticia del mal, las estructuras de insolidaridad y el egoísmo humano.

Gente sencilla, inquieta, andariega, servidora como santa **Teresa de Jesús** nos muestra la sabiduría que brota del Evangelio. Aproximarse a la santa de Ávila es entrar en una escuela de oración y de amistad con Jesús. Ella llevó con suavidad el yugo del Maestro y descansó en su humilde Corazón. Incansable, llegó a encontrar a Dios en los pucheros, en el camino y, sobre todo, en la Palabra y en la Eucaristía. “Aunque tuviera más tiempo, no tendría más oración”, le explica Teresa a su hermano **Lorenzo**. Encontraremos a Dios no en el tiempo, sino en la donación que hacemos de nuestra persona a los demás. A veces, Dios da en breve y sin que sepamos muy bien cómo lo que queremos gustar en muchos tiempos de oración. El trabajo, las ocupaciones, la agenda no son el obstáculo, sino nosotros mismos, que no actuamos con amor y gratuidad.

Es conveniente aprender también a descansar en Cristo. Y es bueno el descanso. En este sentido, podemos fijarnos también en nuestro propio corazón. Es un músculo particular, diferente de los demás músculos. Nunca se cansa, porque su estructura incluye una fase de reposo en cada latido. Así lo recomienda el monje benedictino **David Steindl-Rast**: “Nuestro corazón, en sentido físico, trabaja incluyendo el reposo, el ocio: el corazón entendido en un sentido más amplio también debe incluir ese ocio vivificante. El no perder de vista el lugar central que debe ocupar el ocio en nuestras vidas nos mantendrá jóvenes de espíritu”.

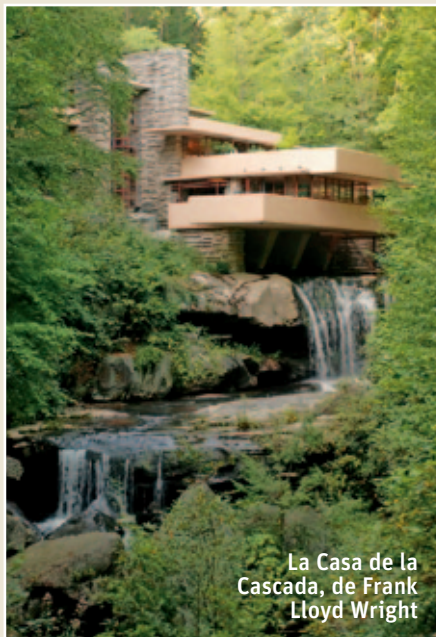
b. Habitar

Seguir a Jesús implica dinamismo, ir detrás de Él, que nos invita a su hogar. El siempre fiel nos convida a su Casa. Si tenemos puesta nuestra casa en su Corazón, ¿quién nos podrá apartar de Él? Nadie: ni el hermano o la hermana a los que nos cuesta amar, ni las injustas estructuras de poder de nuestro mundo, ni ninguna circunstancia nos “arrancarán” de su lado. Ni los sueños ni los deseos que no están en Él nos separarán nunca de su Amor; aunque hemos de andar con ojo, porque puede

que lo que cotidianamente oriente nuestras vidas sean sentimientos, costumbres y tendencias poco aireados y relativizados por el agua fresca del Espíritu. Cultivemos esta actitud de confianza, como **Enriqueta Aymer de la Chevalerie**, una orante de altura: “Confíemos, Dios todo lo dispone, no siempre a nuestro gusto, pero siempre para nuestro bien”.

A veces podemos sentir con desbordamiento la predilección que tiene Dios en amarnos: “Señor, no sé por qué te empeñas tanto en amarme, si yo no me empeño tanto contigo”. Pero, ¿qué se puede decir cuando objetivamente sentimos que se ha empeñado tanto? Pues no se puede decir nada, sino simplemente “estar habitando en Él” y darle gracias, aunque no entendamos una apuesta tan grande por el ser humano. Habitar en Él.

Los ministerios de la Vivienda suelen inventarse leyes con las que pretenden frenar la especulación y la escalada de los precios de los inmuebles y facilitar el acceso a los más desfavorecidos. Los seguidores de Jesús tenemos todos los metros cuadrados que queramos en un lugar increíble, cálido, con un banquete continuo, con un manantial termal que brota hasta la vida eterna... Así que... ¿qué más podemos pedir, ¿dónde mejor encontrar un techo para cobijarnos y vivir fraternalmente, sin riesgo a los desahucios?



La Casa de la Cascada, de Frank Lloyd Wright

c. La casa de la cascada

Frank Lloyd Wright levanta en 1936 una casa junto a las rocas y el sonido del agua de la pequeña cascada de un arroyo. Para muchos, la Casa de la Cascada es símbolo de una arquitectura empeñada en cristalizar un diálogo de armonía con la naturaleza. Y la imagen de esta construcción nos ayuda a destacar el movimiento producido por el Amor del Manantial, el Corazón de Jesús, que brota continuamente, sin agotarse nunca. **Benedicto XVI** invitaba a acudir al manantial del costado traspasado “para alcanzar el verdadero conocimiento de Jesucristo y experimentar más a fondo su amor”. Del costado traspasado salen “sangre y agua”, los sacramentos que dan la Vida, que nos ayudan, según el papa emérito, “a reconocer la multitud de dones de gracia que de ahí proceden... La fe, comprendida como fruto del amor de Dios experimentado, es una gracia, un don de Dios”.

Pedro Coudrin, fundador de la Congregación de los Sagrados Corazones, tenía claro dónde enclavar su existencia: “Cimentemos nuestras almas sobre la Piedra del Corazón de Dios, de tal forma que estemos instalados allí como sobre una columna inmutable”. Es la mejor recomendación para saber dónde hemos de edificar con solidez nuestra casa. Y ese lugar es el Corazón de Dios, de donde no se nos podrá mover pase lo que pase: “Cayó la lluvia, vino la riada, soplaron los vientos y arremetieron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada en la roca” (Mt 7, 25). La vida nos presenta vaivenes, crisis, inseguridades, enfermedades, etc. Si nuestros cimientos están en Cristo, la casa no se caerá jamás por más que movimientos sísmicos de cualquier índole pretendan asolar nuestra construcción.

Y la puerta de esta casa está siempre abierta, a la espera de que lleguen aquellos que se han perdido por las cunetas de la vida, como sucedió con el hijo pródigo de la parábola. Dios abre su casa para nosotros y, sin embargo, el Hijo del Hombre no tiene un lugar donde reclinar la cabeza.

d. Todos tienen un lugar en su Casa

Especialmente los más pequeños (pensemos en los rostros sufrientes de nuestro mundo) se sienten protegidos



Cristiana iraquí refugiada en una iglesia de Telkaif

en el Corazón de Dios: “Hasta el gorrión ha encontrado una casa; la golondrina, un nido donde colocar sus polluelos” (Sal 84, 4). Es un Corazón abierto a todos los corazones, por lo que nos invita a la universalidad del amor, a ser personas acogedoras, humildes, que facilitan la vida de los demás, “que nos preocupemos de compartir en la caridad las angustias y las tristezas, las alegrías y las esperanzas de los hombres, y así les mostremos el camino de la salvación” (Plegaria eucarística V/c). Ojalá, como dice el salmo, sintamos la dicha de habitar “en tu casa alabándote siempre” (Sal 84, 5). Porque podemos poner nuestra dicha, nuestra confianza, nuestros deseos en otras moradas, que no son las tuyas y, al final, sentiremos que es impensable vivir sin Él.

Pero es curioso que, para llegar al Corazón, antes hemos de dejarle sitio en nuestra vida. Si Él no entra antes en todos los rincones de nuestra existencia, no accederemos a su mansión. María guardaba las cosas en su corazón para estar más cerca de Dios, dialogaba de corazón a corazón. Aprendamos de la que es experta en sintonizar con el Corazón de Dios.

Vamos a un lugar donde personas como **Marta y María** provocan una acogida continua, expresión del más genuino espíritu de familia, del estilo de comunión y armonía que Jesús propone a sus seguidores. Allí los que están cansados pueden pasar un rato de sosiego, de compartir la vida y recuperar energías para la misión. Lugar donde los hermanos disfrutaban del gozo de sentirse convocados por el Maestro. Un ámbito para la escucha, la calma, para regenerarse y nacer de nuevo, para el discernimiento, para traer el dolor de

los que sufren y, sobre todo, para poder “saborear” a Dios.

e. Una Casa que no se agrieta

Nuestra seguridad está solo en Dios. No se puede destruir lo que está unido a Él. El material de la construcción es el más noble y el más fuerte, porque nada hay más fuerte y noble que el Amor: “El amor es fuerte como la muerte... las aguas torrenciales no podrán apagar el amor ni anegarlo los ríos” (Cant 8, 6-7). El sabernos unidos a Él ha de disipar cualquier temor que agriete nuestra confianza.

Nosotros hemos de seguir ese camino de intimidad, contemplación y riesgo por anunciar la Buena Noticia, acogiendo con entusiasmo renovado, como el agua que fluye de su manantial. En ese Corazón nos encontraremos todos sus seguidores. Confiemos en la sabiduría de los salmos: “Habitaré en la casa del Señor por años sin término” (Sal 23), porque “en Ti está la fuente de la Vida” (Sal 36).

IV. CORAZONES UNIDOS

Hablar del Corazón de Jesús nos conduce inevitablemente al Corazón de María, porque ambos están entrelazados y unidos. En los textos evangélicos donde aparecen juntos Jesús y María, apreciamos la vinculación de los corazones con el misterio tanto de la Encarnación como de la Pasión y Resurrección, los dos momentos de más unión de Cristo y su Madre. También la transformación del Corazón de María de madre a discípula, gracias al trato de fe y no meramente natural con su hijo Jesús.

El Verbo Encarnado está en el epicentro de la experiencia de los

maestros de la Escuela Francesa de Espiritualidad, por lo que no es de sorprender que María ocupe un término destacado en la doctrina de Bérulle y de sus discípulos. Ella se encuentra en el corazón del misterio cristiano, porque es en ella donde el Verbo tomó cuerpo.

María, inseparablemente unida a Jesús. María, humilde mujer plenamente habitada por Cristo. Bérulle, contemplativo, se admira de la obra maestra de Dios, que es María. Ella es santuario cuando lleva dentro a Jesús, pero también, de manera permanente, en su corazón y su vida interior.

Bérulle y sus discípulos nos muestran a María siempre en relación con Jesús. San Juan Eudes no lo pudo decir más claro: “Tenemos que mirarlo y adorar a su Hijo en ella y no adorarle más que a Él”. La oración del padre Olier es la expresión de esta devoción a María: “Oh Jesús, vivo en María, ven a vivir en nosotros”.

Juan Eudes, además, tenía una estatua de la Virgen que le gustaba llevar con él en sus misiones: la Virgen Madre que portaba a Jesús. Para este apóstol del Corazón de Cristo, se da una unión profunda entre María y su Hijo Jesús. En razón de esta unión, la Madre y el Hijo no forman más que un solo corazón; de ahí viene el nombre que dio a su congregación: Congregación de Jesús y María; no de Jesús y de María, sino de Jesús y María. A raíz de una misión, la devoción eudista al Corazón de Jesús llega a la Visitación de Paray-le-Monial, donde sufre un giro que acabará por darle un nuevo sentido: de ser símbolo del puro amor de Dios, pasa a ser vehículo de la idea de reparación, como ese hacer propio por solidaridad los sentimientos y sufrimientos del Corazón de Cristo.

Para los hermanos y hermanas de los Sagrados Corazones, como bien señala **Felipe Félix Lazzano**, “los Corazones de Jesús y de María siempre presentados unidos, nunca simplemente uno al lado del otro, son un símbolo de nuestra llamada a creer y vivir la Buena Noticia, una forma de expresar que ‘hemos creído en el Amor’, de la fe en el Amor de Dios. El Corazón de Jesús es la revelación del infinito amor y misericordia de Dios. El Corazón de María, siempre unido al de su Hijo, es

el corazón de la discípula que da fruto porque permanece uno con el corazón del Salvador”.

El Corazón de María es el Corazón de aquella que acompañó a su Hijo en los principales momentos de su vida y que contempló, surcada por la espada del dolor, al que traspasaron en el madero de la cruz. Es la mujer de la espera que, como madre buena, acompaña a la Iglesia y, expectante, aguarda el acontecimiento de la Resurrección y del Espíritu. Es el Corazón del “sí” a los proyectos de Dios y el lugar donde mejor conservar los ecos provocados por el Corazón de Cristo. Es un Corazón unido al Corazón de Jesús, referido y volcado en Él. Un Corazón que adelanta la “hora” de su Hijo y que nos invita a hacer “lo que Él os diga”. Un Corazón que se hace camino, servicio y entrega. Un modelo de fe en el amor.

Los misioneros claretianos, por su parte, viven fuertemente la inspiración del Corazón Inmaculado de María: “Bajo la acción materna de María aprendemos a acoger la Palabra, a darle un cuerpo de compromiso en la vida y a comunicarla con la misma presteza y generosidad con que Ella lo hiciera. Bajo su amparo, crecemos en fraternidad, aprendemos la fortaleza de ánimo para los momentos difíciles. Mirando a María entendemos que el cambio que anhela el hombre se ha hecho ya realidad en Ella de manera privilegiada”.

Contemplar a María nos introduce en el Corazón de su Hijo, para convertirnos en discípulos de corazón, como ella.

V. VIVIR Y TESTIMONIAR EL AMOR EXPERIMENTADO

Con motivo del cincuentenario de la publicación de la *Haurietis Aquas*, Benedicto XVI dirigió una carta al preposición general de la Compañía de Jesús. Con la lucidez y profundidad que le caracterizan, muestra el desafío que supone testimoniar el amor experimentado en el Corazón de Jesús: “Quien acepta el amor de Dios, interiormente queda plasmado por él. El amor de Dios experimentado es vivido por el hombre como una ‘llamada’ a la que tiene que responder. La mirada dirigida al Señor, que ‘Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras

enfermedades’ (Mt 8, 17), nos ayuda a prestar más atención al sufrimiento y a la necesidad de los demás. La contemplación en la adoración del costado traspasado de la lanza nos sensibiliza ante la voluntad salvífica de Dios”.

Mirar al Corazón traspasado nos “des-centra” y arraiga en Cristo y en los “traspasados” de la historia y de nuestra historia. Nos libera de la mirada egoísta y superficial, más atenta a la inmediatez de mensajes que puedan satisfacernos que al acompañamiento de calidad de los que necesitan de nuestro tiempo y afecto. El Corazón de María es modelo de disponibilidad y servicio, “des-centrada” por la Palabra y por la pasión por el Reino. María nos recuerda lo que quiere Dios de nosotros, en palabras del profesor **Pedro Rodríguez Panizo**: “No nuestra sola mente, o nuestra acción, o nuestra memoria, sino el corazón; la totalidad de nuestro ser de criaturas”.

Estamos llamados, como María, a entrar en los sentimientos del Corazón de Jesús. Ahí descubriremos la misión que el Señor tiene para cada uno de nosotros. En ese habitar en su Corazón, el mismo Cristo nos hace partícipes, instrumentos suyos, para anunciar su Amor, gratuito, generoso y sin otro móvil que el verdadero interés de los hombres y mujeres que peregrinan tantas veces descorazonados por la falta de rumbo y de sentido. Encontrémonos con Él, mediante la ayuda de esta hermosa oración de **José Luis Pérez Castañeda**:

Jesús de los encuentros, en Ti nos encontramos.

Jesús de las opciones, solo en tus opciones somos liberados.

Jesús de los abrazos, en tu mayor abrazo crucificado, traspasado, nos traspasas; tus heridas repararon los dolores.

En tu Corazón nos cobijas, Tú que derramas corazón a cada instante.

Danos a tu Madre.

Modelada a tu imagen, será nuestro modelo.

Danos a la predecesora y madre, a la misionera y amiga de los pobres.

Que Ella nos descubra el camino, el con quién y el modo.

Jesús traspasado, en Ti, en Ti solo queremos encontrarlo todo.

Solo Cristo es el manantial que “derrama corazón”, pero nosotros estamos destinados a ser cauces para otros, pequeños arroyos que transborden la abundancia de lo recibido a los que viven sedientos y en riesgo de inanición. Ser para los otros nos dará el sentido de nuestro ser y nos alojará, con gratitud, en el *Castillo interior* que santa Teresa de Jesús detalló como moradora privilegiada de su Corazón, para no anclarnos en la superficie ante la maravilla del don de Dios. Por eso no es inoportuno evocar una lección de san **Benito José Labre**:

Hay que tener tres corazones en uno solo: un corazón de FUEGO para amar a Dios, un corazón de CARNE para amar a su prójimo, un corazón de BRONCE para resistir al amor de sí mismo.

Vivir la espiritualidad del Corazón de Jesús hoy nos lleva a cantar. Los jesuitas **Cristóbal Fones** y **Jorge Méndez** han popularizado una canción con un contenido actual, profundo y cautivador. Ojalá la hagamos nuestra, tarareada en la experiencia compartida de la fe. Así, el Amor “interesado” del Corazón de Jesús verá saciada la respuesta de amor de cada uno de nosotros:

Quiero hablar de un amor infinito, que se vuelve niño frágil; amor de hombre humillado. Quiero hablar de un amor apasionado.

Con dolor carga nuestros pecados, siendo rey, se vuelve esclavo; fuego de amor poderoso, salvador, humilde, fiel silencioso.

Amor que abre sus brazos de acogida; quiero hablar del camino hacia la vida. Corazón paciente, amor ardiente; quiero hablar de aquel que vence a la muerte.

Quiero hablar de un amor generoso, que hace y calla, amor a todos; buscándonos todo el tiempo, esperando la respuesta, el encuentro.

Quiero hablar de un amor diferente, misterioso, ineludible; amor que vence en la cruz. Quiero hablar del Corazón de Jesús.

PEDRO DURÁN BAILLY-BAILLIERE



El libro **LA ACTUACIÓN DE DIOS** expone esta realidad en que estamos inmersos, estudiada desde los posibles aspectos.

Explica nuestras preguntas más trascendentes para nuestra **orientación y paz**. Ayuda en el buen proceder.

Dios nos ha creado a su imagen y semejanza con todo su cariño, para ser felices. **Somos obra de sus manos y desea nuestro buen fin...** Pero no a la fuerza, sino con nuestra cooperación y reconocimiento a su superioridad y a su amor...

Pedro Durán Bailly-Bailliere es Licenciado en Derecho, Licenciado en Filosofía y Letras (Pedagogía), Licenciado en Bellas Artes. Cursos de doctorado en Filosofía y Letras y en Bellas Artes. Maestro Nacional. Primero de la Promoción. Maestro Industrial. Máster Universitario en Prevención y Control de Riesgos Ambientales y Laborales. Además también ha realizado un Curso Canónico Matrimonial de Tribunal de la Rota.

También es autor de **NUESTRA ESTRELLA** y de **EL ESPÍRITU DE DIOS** editados por Sekotia.

Pedidos: sekotia@sekotia.com
Tel.: 91433 73 28

Monte Carmelo

ARMONÍA INTERIOR DE INSPIRACIÓN TERESIANA

ACOSTUMBRARME A TI.
Cantos Teresianos

Fabiola STJ
17 €



MOSAICO TERESIANO.

Amigos de Orar y Plataforma STJ
17 €



YA ES TIEMPO.

Cantos de inspiración teresiana
Amigos de Orar y Plataforma STJ
17 €



YA ES TIEMPO DE CAMINAR

Coro A zaga de tu huella
Carmelitas Descalzos de Toledo
12 €



**PARA SIEMPRE,
SIEMPRE, SIEMPRE**

Coro A zaga de tu huella
Carmelitas Descalzos de Toledo
12 €



LOS OJOS EN ÉL

Carmelitas Descalzas de Andalucía
12 €
(los beneficios de este CD serán
destinados a las misiones OCD)



**TERESA DE JESÚS.
NADA TE TURBE**

João Rego
15 €
(los beneficios de este CD serán
destinados a las misiones OCD)



Apartado 19 - 09080 BURGOS - Tfno. 947256061 - Fax: 947256062

www.montecarmelo.com

